

SECCION BIBLIOGRAFICA

NOTAS Y REPLICAS

A PROPOSITO DE UNA OBRA ESPAÑOLA SOBRE UNA TESIS AMERICANA

La actual crisis de Hispanoamérica y el juego de tensiones que la alimentan es un factor de primera magnitud en el devenir histórico del siglo XX. Latente en su primera mitad, ha irrumpido de pronto, al doblar los años cincuenta, con sin igual violencia y gravedad. No es extraño que haya despertado el deseo de entenderla por dentro y tal voluntad se ha manifestado en la floración de un conjunto de obras sobre la realidad hispanoamericana de hoy, considerada en sus diversos aspectos y desde los más varios ángulos de perspectiva. La mayor aportación al tema, al menos en el número de publicaciones, se ha hecho, sin duda, en lengua inglesa, procedente, sobre todo, de autores e instituciones norteamericanas. La bibliografía más reciente norteamericana, para quien quiera acercarse a Hispanoamérica resulta ya decisiva e indispensable. No puede extrañar. La empuja, nos atreveríamos a decir, la determina, la vecindad geográfica de los Estados Unidos del Norte con las naciones del Sur del Río Grande y las mutuas y vigorosas implicaciones en su política, economía, comercio, costumbres e ideologías. La obra de Ronald Hilton «Handbook of Hispanic Source Materials and Research organization in the United States» (1), reseña y detalla no menos de 75 centros de investigación, departamentos universitarios y bibliotecas especializadas dedicadas en los Estados Unidos a los temas hispánicos. Es útil destacar, aparte del impresionante acerbo documental guardado en la fundación hispánica de la Biblioteca del Congreso de Washington o en la «Hoover Institute and Library on War, Revolution and Peace» de la Universidad de Stanford —por citar sólo dos casos ejemplares— el sinnúmero de obras aparecidas recientemente sobre temas vivos de Hispanoamérica. Son

(1) Traducido al castellano y puesto a la fecha por el P. LINO GÓMEZ CANEDO, se publicó en «Ediciones Cultura Hispánica», Madrid, 1957, bajo el título *Los estudios hispánicos en los Estados Unidos*.

diagnósticos y exploraciones políticos, económicos y sociales, comprometidas siempre, sobre un ser social vivo en trance de transformación (2).

Con menos sistematismo y con mayor apasionamiento los propios sujetos hispanoamericanos han explorado y buscan en direcciones contradictorias su propia realidad y sus rasgos esenciales, tratando de encontrar la raíz de sus problemas y las directrices de su ciega carrera. Algunos autores señalan pautas muy claras y abarcan un amplio panorama que va desde el trotskismo, de gran arraigo en muchos sectores, representado, por ejemplo, en la obra de Jorge Abelardo Ramos «América Latina, un país», al manual de Che Guevara «Guerra de guerrillas», manual de la pasada contienda cubana y programa de aprendizaje obligatorio para las futuras revoluciones armadas. En otra dirección doctrinal y con enorme riqueza de medios ha surgido en los últimos años una gran floración de estudios, libros y revistas cimentadas en la ideología del democratismo americano. En conjunto marcha en vanguardia, por su sistematismo, número y calidad de las obras, parte de ellas dedicada a aspectos actuales de Hispanoamérica, el Fondo de Cultura Económica de Méjico.

Paradójicamente, las contribuciones al tema en lengua castellana, salidas de España durante los últimos años son prácticamente inexistentes. La casi totalidad de los estudios, investigaciones y esfuerzos de construcción se han dirigido y enfocan hacia el pasado y tienen un carácter de elaboración histórica. Si miran al presente, aun las revistas fundacionalmente abocadas a este quehacer, lo hacen bajo un ángulo de preocupación literaria o estética. La realidad política, social e ideológica de Hispanoamérica ha quedado fuera de consideración. Diríase que la aventura política de aquellos pueblos no interesa en la vieja Península o por el contrario, que asusta y confunde la complejidad de sus elementos. En cualquier caso se ha eludido el compromiso y se percibe un vacío (3).

(2) Recordemos la difícil visión de conjunto sobre política iberoamericana, presentada con objetividad y claridad por el eminente historiador LEWIS HANKE en *Latin America, a Continent in ferment*, New York, 1959; el reportaje de WILLIAM BENTON, acompañante de ADLAY STEVENSON en su viaje a Iberoamérica, *The voice of Latin America*, New York, 1961; la tesis política democrática de CHARLES O. PORTER y ROBERT ALEXANDRE, *The struggle for democracy in Latin America*, New York, 1961; el conjunto de ensayos recogidos por la «The Twentieth century fund», de la Biblioteca del Congreso en el tomo *Latin American issues essays and comments*, New York, 1961. El ya clásico estudio sociológico sobre la ascensión de las clases medias de JOHN J. JOHNSON: *Political change in Latin America*, Standford, 1948, etc. etc.

(3) Es indispensable reseñar aquí los estudios publicados regularmente por la Revista de Instituto de Estudios Políticos de Madrid y recientemente el número extraordinario dedicado a Hispanoamérica en su *Revista de Política Internacional* (septiembre-octubre 1961). También son importantes algunas publicaciones de Ediciones de Cultura Hispánicas, consagradas, sobre todo en etapas anteriores, a temas vivos sociopolíticos.

El compromiso existe. No para aprobar, rectificar o condenar desde España ajenos comportamientos plenamente soberanos; ni mucho menos para enseñar lo que allí debe hacerse, pues la permanente lección española es la del respeto a la personalidad individual o colectiva y su más reciente experiencia la de la singularidad de las propias circunstancias que invalidan cualquier intento de importación obligatoria de fórmulas exteriores. Pero existe un compromiso español de contribuir al tema hispanoamericano público con estudios, análisis y puntos de vista, no mejores ni peores que los de los demás, pero sí propios y enfocados desde una perspectiva rica y abierta a todas las interpretaciones. Iluminarían por su especial posición zonas importantes hoy en penumbra: aportarían, como positivos factores, un mayor desapasionamiento y objetividad, explicable por razones de perspectiva y lejanía geográfica, que el que poseen los propios protagonistas iberoamericanos, y una más profunda comprensión y entendimiento de sus razones y reacciones íntimas, derivadas de una vinculación secular y de una cercanía espiritual y temperamental, de la que quedan distantes vitalmente los políticos y sociólogos de otras áreas culturales. El campo está virgen para el ensayo.

Desde este primer punto de vista y antes de entrar en cualquier otra consideración, la reciente obra publicada por la Editorial Guadarrama, dedicada al estudio de «Las tensiones históricas hispanoamericanas en el siglo XX» (4), es enormemente sugestiva. Su autor es un profesor universitario español, Mario Hernández Sánchez Barba, profundo conocedor de Hispanoamérica, sobre todo en su historia a la que ha dedicado valiosas contribuciones. Su sólida preparación histórica avala el peso de los planteamientos necesariamente arriesgados en una obra de esta naturaleza y la elección del tema actual, sintomática en un historiador preocupado por su contemporaneidad, sin duda abre un camino para próximas exploraciones. El estudio se aborda con claridad y precisión en forma unitaria, trascendiendo los particularismos nacionales para ofrecer una visión panorámica contemporánea del conjunto regional. Emplea como armazón de su construcción el estudio de las «Tensiones» de Iberoamérica y a ellas se acerca, además de con una base filosófica firme, «con comprensión y con amor.» El autor sintetiza la meta de la actual dinámica de aquellos pueblos en la consecuencia de la independencia económica», una tendencia objetiva que en su dinamismo produce una serie de tensiones sociales (5). Para desvelarlas siente y desarrolla varias premisas o clases de carácter histórico con solidez de datos y facilidad de exposición.

La primera premisa de dimensión exterior es el hecho consumado del

(4) HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, Mario: *Las tensiones históricas hispanoamericanas en el siglo XX*. Ediciones Guadarrama, Madrid, 1961, 286 págs.

(5) Op. cit., pág. 17.

«arrollador auge del capitalismo norteamericano que envuelve a Hispanoamérica de un modo inexorable» (6), y frente a él, en situación de reacción y defensa, el crecimiento paralelo de un nacionalismo hispanoamericano que el autor cifra en la revolución mejicana. Ella servirá de pauta y ejemplo a los movimientos posteriores del Continente. La segunda clave, de contenido interior, es la pervivencia hasta nuestros días del monopolio del poder político por parte de unas minorías, conocidas en la calle y en la terminología al uso con el nombre de oligarquías. Esas minorías se vienen moviendo dentro de un círculo que cubre la última etapa del período español y llena entero el siglo XIX y la primera mitad del XX. Tradicionalmente se orientaron en dos sectores: la burguesía conservadora, vinculada desde el siglo pasado al liberalismo y a «unas ideologías que eran absolutamente extrañas a las realidades hispanoamericanas» (7), y la aristocracia de la tierra, heredera del latifundismo secular, afiliada a los partidos inmovilistas. En su torno y beneficio giran o han girado los restantes núcleos de presión, en especial el Ejército y las altas jerarquías de la Iglesia, en lo institucional y en el orden político los gobiernos constitucionales anárquicos o las dictaduras personalistas. La pugna permanente de estas dos últimas formas produce una sensación de caos político exterior, pero deja, sin embargo, intacto el rígido subsuelo social y el orden existente. Las conmociones políticas afectan sólo a la delgada lámina de las oligarquías políticas que cubren y dominan la superficie de Hispanoamérica. Es explicable por ello la simultaneidad de toda clase de revoluciones, golpes de estado, dictaduras, tiranías y anarquías con la firmeza de una situación social incommovible y con la solidez jerárquica de los grupos de presión.

Sienta el autor una tercera premisa de indudable valor sociológico. De abajo arriba, en la oscuridad, se ha venido operando un lento movimiento emergente de los sectores históricamente marginados de la vida pública. Al tocar la superficie han trastrocado las bases del edificio político establecido por las oligarquías. Son los «sectores medios», de intelectuales, profesionales, industriales y universitarios cuya formación y aparición «quizá sea el más considerable hecho social de la historia contemporánea de Hispanoamérica» (8). ¿Cuándo aparecen como fuerza? «Prácticamente se están formando desde 1850, pero no harán su decisiva y arrogante aparición hasta el año 1918» (9), después de la primera Gran Guerra y, añadiríamos nosotros, escalan los gobiernos y llegan a ocupar los resortes del poder como resultado del desenlace de la segunda contienda mundial. En estos momentos están en el centro de un torbellino revolu-

(6) Op. cit., pág. 29.

(7) Op. cit., pág. 68.

(8) Op. cit. pág. 63.

(9) Op. cit., pág. 64.

cionario de gran calado cuyo porvenir y resultado es incierto. Para el autor, los sectores emergentes llevan consigo una aspiración política esencialmente democrática, antagónica, del inmovilismo medular de las oligarquías tradicionales. Políticamente, constituyen «la tercera fórmula» encarnada en un grupo de partidos originariamente izquierdistas, fieles al procedimiento de libre dinámica de partidos y de elecciones libres. Cuentan además con el patrocinio del equipo demócrata gobernante de los Estados Unidos. La tercera fórmula, en la obra del Prof. Sánchez Barba, va a superar el círculo vicioso de gobiernos anárquicos y dictaduras al servicio de las oligarquías y dará cauce y expresión a los más justos anhelos de justicia de los pueblos olvidados; expresará públicamente, también, el sentimiento nacionalista y antiimperialista de sus naciones. Paradigma de estos movimientos son el APRA peruano, el PRI mejicano, la Acción Democrática Venezolana y otros sectores afines.

Al llegar al punto de la política actual, el autor se embarca en la nave de la «tercera fórmula» y, seguro, inicia su travesía por la realidad contemporánea hispanoamericana. La obra, que en sus antecedentes históricos entraña una labor de clarificación de elementos confusos y de síntesis de factores heterogéneos, fruto de una elaboración personal, adopta un especial rumbo. Va a ofrecer al lector español con fidelidad absoluta los enjuiciamientos y programas de los grupos demócratas de izquierda, con tal pureza que ni siquiera se hará eco de las críticas que asimismo se están haciendo sus propios dirigentes, en peligro de desbordamiento. El autor sigue, punto por punto, los documentos y planteamiento optimistas de aquellos líderes de hace dos o tres años. Es decir, del momento de su máxima euforia, después de la caída de las dictaduras, cuando habían alcanzado el poder y todavía no había estallado la ofensiva revolucionaria. Únicamente sí puede afirmar sin temor que «La consecución de tales ideales —democráticos— insitos en la misma peculiaridad hispanoamericana no será nada fácil. Pero *las condiciones son óptimas* por la expansión de principios poéticos y filosóficos entre la gente» (10). Con toda humildad entendemos que las condiciones para el desenvolvimiento de la democracia en Hispanoamérica han de clasificarse en el antípoda de lo óptimo, y cada día se tornan peores.

Sólo desde el ángulo señalado cabe entender la obra comentada y situar objetivamente sus aportaciones y límites. Los capítulos dedicados al estudio de la realidad actual no nos dan idea de lo que ella es en sí. Presentan una interpretación necesariamente parcial de uno de los grupos en lucha. En este segundo aspecto y para el público español no habituado a manejar sus fuentes, el libro suministra una valiosa información y resumen de aquellos puntos de

(10) Op. cit., pág. 124.

vista (11). En el mismo sentido también han de entenderse las presentes líneas de comentario, que no desean contradecir la fidelidad de exposición de aquel pensamiento político, perfectamente conseguido en la obra, sino el desajuste de este esquema al choque con la realidad. Ellas quieren explicar la extraña sensación de seguridad sobre el futuro político de Iberoamérica, alumbrado por la tercera fórmula, que instintivamente siente, quien sin otros datos recorre sus páginas. El optimismo no es un producto del carácter teórico de la obra ni de la consideración de los factores concurrentes en las actuales tensiones, sino más bien su ausencia. El autor no ha presentado el real cruce de las fuerzas en liza; ha expresado una ideología y disueltas en sus excelencias quedan lejanas, inimaginables, las proporciones del feroz temporal que está azotando Hispanoamérica y sus imprevisibles consecuencias.

Es hecho cierto la aparición de los sectores medios y la subversión del viejo orden tradicional. Pero no es toda la realidad ni la más importante. Esa clave no da la clave de las actuales tensiones. A la izquierda y por debajo de las zonas medias han surgido más recientemente, superiores en número y capacidad de agresividad, esgrimiendo incluso más profundas razones de justicia, lo que siguiendo la terminología del autor llamaríamos «sectores bajos». Estos a su vez han trastocado el orden democrático todavía sin arraigar de los partidos de la tercera fórmula y los han colocado en situación más difícil que la que ellos a su vez crearon hace años a las oligarquías tradicionales. Los sectores bajos, al proyectarse revolucionariamente hacia la superficie para la conquista del poder, no se han encuadrado en los partidos demócratas, como cabría esperar; militan y dan contenido a los movimientos de tipo peronista y desde luego a los castristas y marxistas. Divididos en facciones, coinciden todos en negar la validez del sistema de libertad de partidos, del llamado sufragio libre y de un orden constitucional que aquéllos defienden y éstos atacan por absolutamente ineficaces. Gran parte de las nacientes clases medias se está pasando al extremismo antidemócrata y las viejas oligarquías pactan o se alían de hecho con las terceras fórmulas (Venezuela, Argentina, Colombia, Perú, Brasil, etc.).

(11) *Tensiones hispanoamericanas del siglo XX*, del profesor SÁNCHEZ BARBA, refleja 100 por 100 el pensamiento político de la revista *Combate*, de San José de Costa Rica, órgano más o menos oficial del democratismo izquierdista iberoamericano dirigida por LUIS ALBERTO MONGE y en cuyo consejo directivo figuran RÓMULO BETANCOURT, HAYA DE LA TORRE y JOSÉ FIGUERES; las tesis doctrinales de *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, editada en París bajo la dirección de JULIÁN GORKIN; las informaciones del *Hispanic American Report*, de Stanford, dirigido por RONALD HILTON, son tres muestras escogidas al azar de un amplio movimiento político de gran rigidez doctrinal, propugnador de la democracia de izquierdas, dirigido por grupos muy precisos y que cuenta entre sus inmensos recursos financieros de carácter internacional, con un sinnúmero de publicaciones y revistas.

Si es anacrónico el esquema tradicional de las oligarquías, ha quedado inservible también, en sólo tres años, el planteamiento inicial de la llamada tercera fórmula.

Para dar mayor relieve a los movimientos democráticos, la obra que comentamos adjetiva pródigamente la personalidad de sus líderes y emite juicios absolutos sobre sus programas y actuaciones, tiende un discreto silencio sobre los ajenos, con firme repudio de los oponentes. Así Betancourt, actual Presidente de Venezuela, hoy en minoría parlamentaria por la desertión del ala más joven de su partido, enrolada en la izquierda extrema «es el paladín doctrinal de un partido ajustado a las realidades venezolanas» (12); el APRA «demostró —en las elecciones subsiguientes a Odría —sus profundas convicciones nacionales y su patriotismo integral» (13). Aún más, les reconoce la exclusividad del sentimiento nacionalista tan enraizado y extendido en América: estos partidos «son los representantes del auténtico nacionalismo americano» (14). Afirma, por fin, que las nuevas formas de democracia «no tienen absolutamente nada que ver con las viejas fórmulas demagógicas y oligárquicas característicamente representantes durante todo el siglo XIX y parte del XX de los grupos liberales» (15). Si es cierto que en sus orígenes no quisieron tener nada que ver, hoy la realidad es otra y son aguas pasadas bajo muchos puentes las cinco normas programáticas básicas del APRA condensadas por el Prof. Sánchez-Barba, a saber: «La acción contra el imperialismo norteamericano; nacionalización de las tierras y las industrias; unidad política de un complejo que se denomina Iberoamérica; internacionalización del Canal de Panamá y, por último, solidaridad de todos los pueblos y clases oprimidas» (16). Cualquier parecido de estos puntos con el programa electoral y actual del APRA es pura coincidencia. Esos puntos sí, uno por uno, radicalmente, los mantienen como bandera en el Perú y fuera de él en toda Hispanoamérica contra el orden existente, el castrismo. El APRA marcha hacia las elecciones de 1962, después de arrojar por la borda su lastre antiyanqui, su viejo programa de nacionalizaciones a ultranza y tantas consignas radicales, como equipo favorito del más típico gobierno de banqueros del continente, el del Presidente Prado, en estrecha alianza con un sector muy importante de la alta burguesía, de las finanzas y de la industria, con el apoyo del Departamento de Estado norteamericano, unidos todos en un natural movimiento defensivo.

Es difícil entender, como no sea en pura metáfora, la afirmación de que «las masas indígenas a través del aprismo han tenido ocasión de tomar conocimiento

(12) Op. cit., pág. 129.

(13) Op. cit., pág. 135.

(14) Op. cit., pág. 125.

(15) Op. cit., pág. 125.

(16) Op. cit., pág. 96.

y conciencia de los graves problemas subyacentes en las estructuras profundas del país», y de que el APRA «ha sido seguramente la primera ocasión en que los indios se han asomado preocupativamente a tales panoramas» (17). Ojalá fuera así, pues de ser cierto, el problema indígena del Perú en su raíz estaría ya resuelto. La situación es muy otra y las masas indígenas en el Perú viven ajenas sin incorporarse al ritmo vital del país, a la civilización moderna, al idioma español, a la economía abierta, a la vida política y, desde luego, al APRA. Este movimiento ha ofrecido una respuesta al interrogante indígena, pero la ha enunciado desde fuera, en lengua castellana y en moldes occidentales, sin raíces indígenas. Sus raíces son otras y su fundador se llama Haya de la Torre. «¿Qué pensar —dice Madariaga— de un Haya que no conoce sus raíces y de una Torre que no sabe nada de sus cimientos?» La mejor prueba de que el APRA no es autóctono es su negación y repulsa, por motivos doctrinarios y políticos actuales de la obra fertilizante de España en aquel mundo y de su vigencia presente. La incorporación, siquiera sea preocupativa, de los indios a la vida nacional es sólo un ideal, y su consecución constituye el máximo problema y la más grave tarea que tiene ante sí el APRA o quien gobierne Perú en los próximos años.

La revolución mejicana, a juicio del autor, es paradigma de la tercera fórmula. Señaló el camino a los demás movimientos revolucionarios americanos con muchos años de anticipación y les marcó dos metas fundamentales: la nacionalización de sus industrias básicas, explotadas por empresas extranjeras —Méjico lo inició con el petróleo— y la posibilidad de una reforma agraria tendente a revalorizar la tierra y a permitir su acceso a los campesinos. Cabría, sin embargo, perfilar aún más el profundo significado de este movimiento con una rectificación y un complemento. En primer lugar, el cambio estructural de signo positivo ocurrido en Méjico durante las últimas décadas no se ha realizado «a pesar del partido único concurrente a las elecciones y la continuidad de sus miembros más destacados en la Presidencia de la República» (18), sino precisamente por ese sistema. Subrayamos el «precisamente por».

Es la gran lección política de Méjico brindada a Hispanoamérica. Su original sistema de partido único, Partido Revolucionario Institucional, PRI, tan lejano del sistema de la dictadura personal, como del gobierno democrático de la tercera fórmula. Detenta, sin compartirlo con ninguna otra fuerza la totalidad de los resortes políticos, económicos, culturales y sindicales del país y sus máximos dirigentes, muy pocos, sin ninguna intervención popular, cada seis años designan el futuro Presidente de la nación. El sistema cuajó después de una

(17) Op. cit., pág. 96.

(18) Op. cit., pág. 55.

sangrienta contienda civil y ha proporcionado al país cuarenta años de continuidad política desconocidos en el resto de Hispanoamérica, la estabilización de sus instituciones, el auge de la economía e industria, la creación de una gran Universidad y el planteamiento de vastas reformas sociales y educacionales todavía en curso. La velocidad de los últimos acontecimientos, es cierto, minan los cimientos de este orden, pero la mayor resistencia de Méjico a un colapso revolucionario brotado desde abajo, en comparación con los demás países hispanoamericanos, se debe a esta singular experiencia. La fórmula es radicalmente mejicana e irreductible a cualquier sistema foráneo, pero si hubiera la obligación de compararla, y en este caso más que en cualquier otro la comparación sería odiosa, habría que asemejarla más en su internidad a los experimentos totalitarios europeos de los años treinta, nacionalistas y sociales, que a los sistemas democráticos anglosajones al uso. El democratismo mejicano en el sentido de la tercera fórmula y en lo que a su estructura política se refiere, es puramente terminológico, elaborado con fines tácticos de propaganda y de alianzas.

Advertimos también en las «tensiones hispanoamericanas del siglo XX» y de modo especial en las mejicanas la ausencia de un cruce de alta tensión cuyo desconocimiento sume en la oscuridad una gran zona de problemas actuales. Nos referimos al choque, unas veces violento, otras encubierto, latente siempre, entre la ideología laicista del gobierno mejicano obligatoriamente impuesta al pueblo y sus creencias arraigadamente católicas. El voltaje de esta tensión se percibe en cuanto se pisa tierra mejicana. El pueblo en sus creencias y modos de vida es profundamente religioso e hispánico, las minorías gobernantes de la política, la universidad, el ejército, etc., profesan la contraria ideología oficial. La revolución mejicana tiene en su haber positivo la acuñación de una sólida arquitectura política ajustada a la realidad del país y el impulso económico del mismo en su aspecto negativo ha cerrado al pueblo las fuentes originarias de sus tradiciones y creencias. En esta línea de conducta ha jugado un papel preponderante la influencia de la masonería, especialmente durante la primera etapa revolucionaria y la subsiguiente difusión del pensamiento marxista, sobre todo en la Universidad y los Sindicatos. Aquí sí que existen evidentes concomitancias entre el movimiento oficial mejicano y la mayoría de los partidos que integran «la tercera fórmula». En el terreno de enfrentamiento con la conciencia católica de sus pueblos y en el repudio del ingrediente hispánico se han dado la mano con mucha frecuencia. Y no nos referimos aquí a la pugna inicial de estos movimientos con las oligarquías de la tierra o del dinero, las cuales en ocasiones se han arrogado sin títulos el monopolio de un hispanismo artificial, ni tampoco a sus choques políticos con determinadas altas jerarquías de la Iglesia iberoamericana en el pasado, aludimos concretamente al repudio esencial de la ideología

del APRA y del indigenismo oficial mejicano, por citar dos casos simbólicos, de la obra más profunda de España en América y a su radical acción anticatólica. En esto como en tantos otros aspectos, los partidos de la tercera fórmula están en trance de rectificación.

El conflicto entre la política laicista de numerosos gobiernos en el siglo pasado y en el presente con el sentimiento católico de los pueblos, especialmente las masas campesinas, es un fenómeno continental de grandes dimensiones, causa de un sinfín de crisis, tensiones y violencias pasadas y actuales. Méjico ha marcado en este punto como en tantos otros, hasta la llegada de Fidel Castro a Cuba, la temperatura extrema manifestada en sangrientas persecuciones religiosas, en levantamientos populares armados de resistencia, los cristeros, y como final en la prohibición constitucional del culto. Esta tensión con unos u otros caracteres permanece y es dato de primera magnitud al que no dedica ni una sola línea la obra.

La ayuda económica norteamericana en los programas de la administración Kennedy y su contribución al triunfo de la democracia hemisférica se valora, a nuestro entender, demasiado globalmente. «Las cifras de inversión son estremecedoras: 20.000 millones de dólares en diez años; se carga sobre las espaldas de los Estados Unidos el progreso de Hispanoamérica, pero a base de que los gobiernos hispanoamericanos propongan planes concretos de expansión y desarrollo económico, comercial y cultural» (19). Conviene precisar. Los Estados Unidos han ofrecido la mitad de la cifra ya de por sí importantísima. Las instituciones de financiación internacional deben cubrir 3.500 millones, las instituciones privadas 3.500 millones, y el bloque occidental, con Japón, los restantes 3.500. La cuota norteamericana es una oferta generosa, pero como tal oferta queda pendiente de la aprobación por las cámaras de las porciones correspondientes a cada período. La primera petición del Presidente Kennedy para autorizar 3.000 millones de dólares correspondientes a los próximos cuatro años ha encontrado una fortísima oposición. Es natural, pues la Alianza para el Progreso, al año de su proclamación, «continúa sin nacer» en frase de los expertos de la Casa Blanca, por falta de colaboración de los países hispanoamericanos, y desde el punto de vista de éstos, en sí misma constituye muy poco, «sólo una aspirina», si no se ataca el problema de los precios de sus materias primas (20).

Los juicios sobre las dictaduras tienen que ser parciales porque reflejan muy espontáneamente los enunciados del pensamiento demócrata. Es evidente que los regímenes personalistas en Hispanoamérica adolecen de graves defectos y no han ofrecido soluciones viables al proceso político de sus pueblos. Pero tam-

(19) Op. cit., pág. 220-221.

(20) Declaraciones del ex Presidente Figueres, de Costa Rica, en Miami, marzo 1962.

bién son ciertas una serie de positivas contribuciones en varias facetas, no sólo materiales, y en determinados países sus experiencias han resultado incluso más beneficiosas que las etapas de gobiernos constitucionales. Con esto queremos simplemente decir que no adoptamos una postura de defensa y de justificación de las dictaduras hispanoamericanas por principio, pues la encontramos incompatible con la libertad de juicio indispensable para acercarse a considerar cada caso. La espontaneidad de las formas de vida, el grado de desarrollo de los países hispanoamericanos y la complejidad de sus problemas, invalidan cualquier intento de proponer con carácter general y obligatorio un sistema político determinado, sea totalitario o democrático. Cuando ello ocurre hay casi siempre oculta una última razón de interés o de dominio y, desde luego, una falta de respeto a la singular personalidad de los países iberoamericanos. Por igual motivo, la condena *a priori* de las dictaduras en virtud de esquemas establecidos por sus enemigos políticos produce inevitablemente agudas deformaciones de la realidad, de la verdad y de la justicia. Cada situación requiere un tratamiento especial. No se puede concretar en una misma línea el movimiento de Odria, en el Perú, con la explosión conocida con el nombre de «bogotazo» y la subida al poder del peronismo en Argentina; mucho menos atribuir estos dos últimos acontecimientos, junto con el anterior, al «Movimiento defensivo de las estructuras clásicas: las oligarquías terratenientes y las compañías petroleras que se sentían amenazadas por las reformas iniciadas con firmeza» (21), precisamente cuando fué Perón justamente quien demostró las estructuras clásicas y el poder político de las oligarquías argentinas durante su mandato, y el «bogotazo» supuso el estallido revolucionario de las capas inferiores del pueblo colombiano para terminar con el orden tradicional del país e inutilizar al propio tiempo el mecanismo del sistema interamericano.

Más difícil es la sugerencia de una relación entre la dictadura de Perón, fenómeno típicamente argentino, de fondo socialista y signo antinorteamericano, con el triunfo de Castillo Armas en Guatemala logrado por el apoyo norteamericano para evitar el deslizamiento del gobierno Arbenz al comunismo, y al cual apoyaron los núcleos de la derecha tradicional; con la perpetuación de Trujillo afianzado en la Isla del Caribe desde hacía diez años sobre motivaciones autóctonas; con el triunfo de Velasco Ibarra, del Ecuador, acontecimiento privativamente ecuatoriano inserto en el más puro cauce constitucional y electoral, etcétera (22). La ordenación de los anteriores casos antagónicos y de sentido diversos, se explican sólo en virtud de una fidelidad expositiva a un esquema puramente abstracto.

(21) Op. cit., pág. 132.

(22) Op. cit., pág. 127.

El peligro comunista aparece, a nuestro juicio, minimizado en la obra. Su influjo no depende de la fuerza ni del número de los partidos registrados como tales, y la impregnación de las ideas marxistas durante las décadas pasadas en radios muy abiertos que abarcan los propios movimientos de la tercera fórmula, no significa su debilitación, sino, al contrario, la creación de un clima propicio para su extensión. La obra concluye con dos trabajos dedicados al estudio de la significación histórica y actual del peronismo y de la experiencia Fidel Castro. «Dos ejemplos, dos experiencias tan alejadas de las realidades hispanoamericanas como la galaxia límite de nuestro mundo» (23). Modestamente entendemos sin entrar en los resultados de tales experiencias, en sus procedimientos, y ni siquiera en sus programas e ideologías, que la fuerza explosiva del castrismo en Hispanoamérica y la más circunscrita del peronismo en la Argentina es precisamente su entrañamiento en las realidades más vivas y operantes de aquellos pueblos. Muchos vientos contribuyen a extender el incendio y no es el menor de todos la artificialidad y anacronismo de gran parte de los planteamientos políticos de los partidos de la llamada «tercera fórmula», aferrados a teorías intelectualmente sugestivas pero desconectadas de la dinámica real del tiempo, de la situación y del talante actual de los pueblos de Iberoamérica.

Las anteriores consideraciones no empequeñecen el valor de la obra comentada, en sí misma, ni en sus múltiples y positivos aciertos. La intención es otra y clara. Nuestro propósito, más arriba lo dijimos, ha sido simplemente apuntar unos cuantos ejemplos, muy pocos, pues cabría multiplicarlos a placer, de las abstracciones, contradicciones e inexactitudes en que fatalmente desemboca un, a nuestro juicio, esquemático doctrinarismo. Y lo hacemos no con ánimo negativo, sino con el más limpio deseo de perfilar una realidad cruda y de contribuir al ajuste de los propios movimientos de la tercera fórmula. Ellos son sin duda, junto con otras fuerzas, elementos indispensables para acometer con alguna probabilidad de éxito la durísima tarea de transformar positivamente y en tiempo oportuno, las condiciones de Iberoamérica, arrastrada hoy en día hacia un ciego y vertiginoso proceso revolucionario de último fondo marxista.

JOSÉ MARÍA ALVAREZ ROMERO

(23) Op. cit., pág. 251

MAS ALLA DE LA ECONOMIA

Es justo que quien, como Valentín Andrés Álvarez, ha dejado transcurrir toda su vida docente *más acá* de la Economía al llegar a su término se decida a ir «Más allá de la Economía». Nunca con más razón que en este caso se puede comprobar que, como muy oportunamente señaló, en trance parecido don Ramón Carande, jubilación proviene de «jubilatio» y que, en efecto, hay que acoger con alegría la liberación de tantas rutinas, convencionalismos y, para ser del todo sinceros, pejiğeras; cuando deja uno de ocuparse de las cosas por profesión es, probablemente, cuando empieza uno a ocuparse de ellas por verdadera vocación. Final de la vida *docente* no debe significar, antes al contrario, final de la vida *dicente*, y es seguro que de lo que ahora en adelante podamos oír a Valentín Andrés Álvarez tendremos mucho que aprender.

No, ciertamente, porque en esta segunda docencia se nos vayan a decir cosas muy diversas de las pronunciadas en la primera. Con razón reputaba Goethe la máxima felicidad la de aquel que «das Ende seines Lebens mit dem Anfang in Verbindung setzken Kann». Este enlace del punto de llegada con el de partida o, como se dice en la jerga de aviación, «rizar el rizo», es, probablemente, a la vez la garantía y la confirmación del éxito en cualquier empresa humana. Toda evolución si quiere serlo verdaderamente, ha de acusar, en su final, un giro de involución, de retorno.

En el presente caso esta condición se cumple con creces: Valentín Andrés Álvarez debutó, en cuanto escritor, con una obra como «Taratí», que suponía ir más allá de la razón, y es consecuente, por ende, que quien a tanto se atrevió en la juventud, ahora, llegado a la madurez, no vacile en ir más allá de la economía. La misma desconfianza o reserva inspiraba al autor en una y otra ocasión hacia las verdades *inconcusas* y las reglas absolutas. ¿Es, acaso, la razón infalible y la economía insuperable?

Todo maestro, si auténtico, siente, llegado a la plenitud de su magisterio, la tentación de la duda, duda que sólo puede ser superada yendo *más allá*.

Así ocurrió también a un gran maestro de la moderna economía, W. Röpke, en un libro que emplea la misma terminología que Valentín Andrés, aunque el «Jenseits» tiene más fuerza expresiva que el «más allá» o el allende hispánico, quizás, también, por el prestigio que insensiblemente le presta el re-

cuerto inconsciente de la dialéctica de Nietzsche. La coincidencia no se reduce a esta terminología que enuncia la idea, tan generalizada, de crítica del mundo actual, unida con la idea —por desgracia menos frecuente— de su superación, es decir, de una crítica constructiva. También se produce la coincidencia en lo que se refiere a la estructura ideológica propiamente dicha, estos es, a lo que podríamos denominar una concepción de la Economía no inmanente, sino trascendente.

Entre los economistas franceses no faltan ecos o resonancias de esa misma nota. François Perroux, por ejemplo, ha opuesto resueltamente la economía tradicional, que él no vacila en calificar de dogmática, a la que exigen nuestros tiempos y, sobre todo, los del futuro, que él postula como «generalizada». André Marchal, otro distinguido representante de la moderna escuela francesa, prefiere emplear la siguiente terminología: concepción estricta o lata, en el sentido de sociología, de la ciencia económica.

Esta aproximación a la sociología no es, ni mucho menos, reciente, puesto que data de principios del siglo XIX, en que ya Saint-Simon y Comte reclamaron, frente al liberalismo económico, una sumisión de la economía a la sociedad, actitud original y clarividente de que supo aprovecharse, sobre todo, el marxismo «pro domo sua».

La posición que ahora adopta Valentín Andrés Álvarez no carece, pues, de antecedentes en el tiempo ni de concomitancias con el pensamiento económico extranjero de nuestros días. Hemos de ver ahora en qué consiste la originalidad de la postura del profesor español.

Este parte del hecho conocido, pero harto olvidado, de que la escala de los valores económicos no coincide con la de los valores vitales, contraste que se origina de decidir el valor económico de un bien en razón, precisa y exclusivamente, de su rareza o escasez. Se trata, por supuesto, de un criterio sumamente relativo tanto en el espacio (lo que abunda en un lugar escasea en otro) como en el tiempo (una época conoce escasez y otra abundancia de un mismo producto). Pero lo que hace al caso, es ese enfrentamiento que se produce inevitablemente entre Economía y Vida, del cual se derivan, como acertadamente señala el autor, muchos de los males que aquejan a la sociedad actual, puesto que «la producción se orienta a... lo menos necesario, con perjuicio de lo más apremiante y vital».

Ahora bien, como la Economía no puede tener razón contra la Vida, quiere decirse, en buena lógica, que el «homo oeconomicus», esa peligrosa abstracción, sabe ser sustituida o, al menos compensada por el hombre natural, que, bien entendido, no es otra cosa que el hombre social. Porque *da la casualidad* de que la naturaleza del hombre no es del todo natural, sino que tiene algo de artificial, por cuanto opera en ella un importante ele-

mento de reflexión, cálculo o espera, como prefriere llamarlo el autor. Esta palabra define perfectamente la humana condición: el hombre sabe resistir más tiempo que el animal a la tentación de responder a sus propios instintos o a los estímulos exteriores, y gracias a esta espera se encuentra no sólo capacitado para satisfacerlos mejor sino, por añadidura, para trascender de las meras necesidades hacia actos más elevados y complejos. De este modo el hombre resulta ser un ser privilegiado, en cuanto que aspira a la libertad y, a la vez, desventurado, en cuanto sometido a las necesidades, y esta dualidad constituye una excepción en el orden de la naturaleza. Es curioso constatar que semejante carácter de excepcionalidad se revela en el hombre desde antes de serlo, ya en el niño, el cual parece comprender la eficacia de la Pausa. El zoólogo Adolfo Portmann ha calificado de extra-uterino el primer año de vida infantil, en que se vive gracias a la dependencia materna, y ese tiempo de espera, a diferencia del animal, que desde los primeros días ha de afrontar sus necesidades vitales, es como una primera reflexión que preanuncia ya al animal racional.

Lo singular del caso es que la capacidad de reflexión, de racionalización, de organización, del hombre no tiene límites y es de signo creciente. Tal es la causa remota de esa inadecuación entre el orden natural y el social que ciertamente señala el autor, y que se refleja sobre todo en la esfera económica, en donde se da más importancia a la Producción (fenómeno eminentemente social) que al Consumo (más natural que social), sin caer en la cuenta que «lo que se consideró como paso hacia adelante en el orden de la producción era un paso hacia atrás en la escala del consumo». Este desequilibrio fundamental se evidencia en la prioridad que, por doquier, goza de la Producción industrial sobre la agrícola, precisa y exclusivamente en razón de su mayor productividad: goza, en efecto, de un rendimiento creciente y no, como la Agricultura, decreciente. El autor, no obstante, cree en una revancha final del orden natural sobre el social, pues no de otra cosa se trata, en el mismo orden de ideas que la conocida máxima «chassez le naturel, il revient au galop», hasta el punto de que no vacila en proclamar que en la próxima guerra «no se peleará por el petróleo, el carbón o el hierro, sino por las patatas, los garbanzos y las judías».

Independientemente de que las guerras no constituyen un índice infalible del valor de las cosas humanas, pues frecuentemente se lucha por nimiedades, no sería inverosímil que la Naturaleza volviese por sus fueros pausadamente ya que no al galope. La Naturaleza, como la razón —según Hegel—, tiene sus tretas y se venga de sus explotadores: así, por ejemplo, el empleo masivo de fertilizantes aumenta la cantidad pero empeora la calidad de los productos agrícolas, los microbios infecciosos se habitúan a los antibióticos, etc. Pero de aquí a imaginar una victoria de la Naturaleza sobre la Industria o, si se pre-

fiere, de lo natural sobre lo industrial, hay más de un paso —tanto más difícil cuanto que de retroceso— y sólo una catástrofe atómica permitiría ir hacia atrás. Por el momento la situación es, francamente, de signo contrario: el progreso tecnológico incide cada vez con más presión sobre la naturaleza, aunque, por supuesto, lo que con harta ligereza denominamos «vencer a la Naturaleza» no consiste sino en amoldarse mejor a sus leyes, tal como ha señalado el profesor Pierre Auger, en un estudio redactado para la UNESCO que puede considerarse la biblia científica de nuestros días. Más realista y más modesto, en todo caso, sería decir, como el aforismo anglo-sajón «Technology makes resources», ya que efectivamente, gracias a la técnica se consigue crear recursos naturales suplementarios.

Así, pues, en el panorama de la actual economía no se ve otro punto rosa a favor de la Agricultura —sector eminentemente naturalista— que el que paradójicamente se deriva de ese su rendimiento decreciente, puesto que sus costes de producción y, por consiguiente, sus precios de venta nunca tienen tendencia a la baja, como los industriales, sino que son mucho más estables. He aquí cómo, inesperadamente, este sector retrasado, según generalmente se considera al agrícola, se beneficiaría de tal retraso que vendría a ser un verdadero «blessing in disguise».

Con esta excepción vamos viendo, por tanto, cuánta razón asiste al autor en preocuparse por este desequilibrio Agricultura-Industria, como tampoco le falta cuando se inquieta por la que existe entre la Producción y el Consumo. También es esta una vieja historia, pues casi podríamos decir que constituye el pecado original de la moderna economía, esto es, de la de mercado. Apenas la economía deja de hacer honor a su nombre, es decir, deja de ser «oikos nomos» —un orden de casa en que se produce para la propia casa y en donde, por principio, Producción y Consumo se encuentran, perfecta, totalmente adecuados—, el desequilibrio, la desproporción entre ambos se instala radical y definitivamente, pues con el tiempo no hará sino aumentar. Lo ocurrido aquí es cumplido ejemplo de que los vicios de un sistema, como los de una persona, no suelen ser sino virtudes exacerbadas. En un principio la división del trabajo es un descubrimiento verdaderamente revolucionario, y durante mucho tiempo sigue proporcionando beneficios sin cuento, sobre todo al hacer posible el comercio internacional. Es únicamente en nuestros días cuando hemos empezado a percibir sus aspectos sombríos: la división del trabajo lleva aparejada la del hombre, el empleo de las máquinas, la maquinización del individuo, la infinita proliferación de mercancías acaba por convertir a la persona en una mercancía más... No cabe esperar, por otra parte, que la «Entfremdung» no sólo no puede ser curada, sino que los remedios sólo sirven para agravar: el «conditioning», «La Anpassung», «l'adaptation», la in

tegración o como se llame en los respectivos idiomas domesticación o anulación del hombre.

Este es un ejemplo, entre muchos, de cómo las instituciones van siempre más allá de aquellos fines para las que fueron creadas: hay que cuidarse mucho de que el hombre no termine siendo para el sábado, en lugar de a la inversa. En teoría, la producción se hizo para el consumo, y esto no sólo en la economía de mercado, sino, también, en la marxista, cuya fase final comunista está concebida al servicio del consumidor. Mientras tanto es lo contrario lo que ocurre. En la economía capitalista por excelencia, la norteamericana, pese a su pretensión de reconocer al consumidor un lugar preferente: «the powerful consumer», la situación de hecho es muy diferente: no sólo la propaganda comercial —que ésa sí que es todopoderosa—, sino también la aspiración a un elevado «status» social, obligan al individuo a consumir no justamente aquello que necesita, sino aquello que sirve a la producción.

En la URSS, a su vez, es el mismo Gobierno el que se cuida de mantener bien prieto el cinturón del consumidor, concediendo la preferencia a las industrias pesadas.

La moraleja de esta breve exégesis del breve, pero enjuicioso ensayo de Valentín Andrés Álvarez sería lo de que hay que pensar o reconsiderar los fundamentos de la moderna economía, porque hay en ella «something rotten». Por doquier, en todas las latitudes del planeta, cualquiera que sea el tipo de sociedad o la forma de gobierno, el anhelo ideal es el desarrollo económico. En verdad nadie ni nada puede oponerse, en nuestros días, a este anhelo de bienestar económico que debe liberar al hombre de la necesidad para que pueda dedicarse a tareas más espirituales. La cuestión no es esa, sino la de saber si el sistema industrial, perfeccionado gracias a la automatización a la energía atómica; y a cualquier otro eventual descubrimiento de la técnica, era el camino recto o, por el contrario, «la diritta via era smarrita», como descubrió Dante, demasiado tarde, ¡ay!

MÁS ALLÁ DE LA HISTORIA

Una vez iniciado el camino no hay sino dar un paso más: si la Economía ha sido superada, ¿por qué no había de serlo también la Historia?

No es de ahora, ciertamente, el movimiento de rebelión contra la hegemonía que la Historia viene ejerciendo sobre todas las llamadas ciencias del Espíritu, o más recientemente Humanas o Sociales. El exceso de historicificación revela un fenómeno de escapismo: quien se siente incapaz de formular una teoría, un sistema de normas, prefiere refugiarse en la Historia, en el relato de los acontecimientos pasados.

Fenómeno, como decíamos, de carácter general, pero agudizado, sin duda, en la esfera económica, y esto es lo que presta coherencia a los dos ensayos que componen esta obra.

Valentín Andrés pretende encontrar o, mejor, recomponer la perdida y añorada unidad entre las dos grandes formas del saber —Historia y Teoría—. No en vano parece corresponder a la más profunda estructura ontológica del hombre esta exigencia de unidad. Un psicólogo francés, Szondi, no ha dudado en hablar del «homo pontifex», esto es, del que echa puentes y, en definitiva, del que es capaz de trascender de sus necesidades —lo que no deja de tener importancia a efectos económicos—.

Limitándonos ahora precisamente a lo económico, si hay un hombre representativo de este empeño unitario, no puede ser otro que el de Walter Eucken, con sus conceptos de Orden. En esta misma línea Valentín Andrés llega a la conclusión de que «Teoría e Historia no son, pues, dos modos distintos, comunicables, metafísicamente contrapuestos», puesto que la propia historia cuando trata de generalidades, de colectividades, opera como si fuese Teoría. No podría ser de otro modo si se admite que la realidad fundamental, primera es, asimismo, unitaria, que el autor compara poéticamente a la llama que ilumina y a la vez quema. Imagen certera, sobre todo, si se completa con la idea de que el hombre de nuestros días, en su afán cognoscitivo no le interesa tanto la claridad de la luz como el contacto mismo con la llama, aún a riesgo de quemarse.

Ahora bien, hay que reconocer que se está muy lejos de llegar a una caracterización armónica de las posibilidades de la Economía. Por lo que tiene de Historia, se le ha solido rechazar la categoría, el rango de conocimiento racional: no hay leyes, no impera el principio de casualidad. Por oposición al mundo de la Naturaleza, el de la Historia es un caos irracional, un producto del mero azar.

Lo curioso del caso es que fueron los propios historiadores los primeros en desconfiar de sí mismos. Así, destacadamente, uno de los santos padres de la moderna historiografía, Eduardo Meyer, no se recataba en proclamar la total ausencia de leyes históricas. De entonces acá, sin embargo, el panorama ha variado sencillamente, ya que los términos del contraste, Historia y Naturaleza han evolucionado, aquél para ascender y éste para descender de rango. Por lo que hace a la Naturaleza, el principio de causalidad que aún reinaba indiscutido hasta Einstein, ya desde Bohr y Heisenberg, es reemplazado por la indeterminación, la incertidumbre, la discontinuidad. Es cierto que como la investigación científica está sometida a un «perpetuum mobile», en nuestros días se asiste a una innegable recuperación de la causalidad aunque, por supuesto, solamente relativa. Más que de una racionalidad de tipo objetivo, como se hacía

anteriormente, se prefiere postular una de tipo operatorio, que no permite sino un concepto muy lato de la causalidad, en cuya virtud deja de identificarse con el Determinismo, según ha observado Zubiri.

A su vez, y como consecuencia de un proceso no de erosión, sino de enriquecimiento, pero en todo caso concomitante con el sufrido por el concepto de Naturaleza, el de Historia ha recobrado nuevo esplendor. La Historia no será susceptible de teorificación, pero sí de sistematización, tal como anticipó ya Ortega. En su actual configuración como historia social ha superado su antigua reclusión en lo individual, en los meros hechos. Como decía R. Arón, en su «Introduction a la philosophie de l'histoire», sin Teoría —o si se prefiere sistema— no hay hechos; éstos necesitan ir encajados en leyes, que, como señalara Maravall, son leyes «*sui generis*», esto es, individuales, si se permite la expresión.

En esta nueva perspectiva surgen también nuevas posibilidades de armonizar el empirismo histórico y el análisis general teórico. Max Weber fué, sin duda, el gran precursor con su concepto del tipo ideal, que ha proliferado fecundamente en los actuales conceptos de estructura, sistema, modelo que manejan con gran eficacia economistas como W. Eucken, André Marchal, sociólogos como Gurvitch, H. Freyer, historiadores como el propio Freyer, Braudel, Marc Bloch, etc.

El que a esta cohorte prestigiosa se sume, ahora, con ánimo esforzado, como buen jinete —a caballo, según hemos visto, entre la Economía y la Historia—, Valentín Andrés Alvarez, es motivo de pláceme, tanto para él mismo, como para la investigación española.

No será, ciertamente, por culpa del autor que pueda decirse, con Corneille: «*et le combat cessa, faute de combattants*», y acaso este combatiente de última hora —en esa lucha eterna que es la conquista de la verdad por el hombre—, reciba, como el jornalero del Evangelio, la mejor recompensa.

EMILIO GARRIGUES

